

LA VIDA CONSAGRADA EN LA IGLESIA ACTUAL: ESPERANZAS Y DESESPERANZAS – PROFECÍA Y REALIDAD

Madrid, 26 de febrero de 2011

Introducción

Agradezco vivamente la invitación a este encuentro. Lo que sigue ha sido elaborado en buena parte contando con el testimonio de amigas y amigos de la vida consagrada. Ellos han aportado sugerencias, pero, sobre todo, vida evangélica de alta calidad, que es uno de los soportes de mi esperanza.

La comunicación se divide en dos partes. En la primera se presentan media docena de rasgos en buena parte comunes a la realidad social y eclesial, ya que la percepción de la vida consagrada ha de situarse en un marco más general; no hay que olvidar que nadie es espectador distante, sino actor del posible estancamiento o cambio. En la segunda se trata de responder más directamente a la cuestión planteada: la vida religiosa como profecía y esperanza.

Rasgos del momento eclesial actual

1. Tiempo de crisis y de cambio cultural

La sociedad en su conjunto y en ella la Iglesia están inmersas en un proceso de cambio que se percibe como inédito, sin precedentes, tanto por su calado como por su celeridad. Nada es lo que era y no se sabe cómo va a ser.

La realidad está marcada por un gran pluralismo, en el que ciertamente perviven formas del pasado, pero coexistiendo con nuevos estilos que se van renovando y multiplicando constantemente. La modernidad ha dado rápidamente paso a una post-modernidad que a su vez presenta una gran variedad. Algunos aspectos visibles de tal paso pueden ser los siguientes:

- De la cabeza al corazón: menos racionalidad y más sentimiento.
- De la coherencia a la autenticidad.
- De concepciones globales a experiencias parciales.
- De la visión patriótica a la aldea global.
- Del pluralismo tolerado a la pluralidad como valor.
- Del discurso a la imagen (de la doctrina al gesto).
- De la estabilidad a la vivencia de espacios y momentos intensos, aunque sean ocasionales o inconexos.
- De la colectividad a la autonomía del individuo.

Todo ello caracteriza en mayor o menor medida el tiempo actual e incide en el comportamiento de todos, no sólo de las generaciones más jóvenes. También el tiempo actual es tiempo de gracia y requiere disponibilidad discernir la voluntad de Dios: *probad todo y quedaos con lo bueno* (1 Tes 5,21).

2. Injusta desigualdad creciente

Nuestras Iglesias locales están asentadas en medio de una sociedad tocada por la injusticia y la desigualdad: paro, sueldos indignos, contratos basura, bolsas de inmigrantes, hogares en extrema pobreza, personas sin techo, explotación laboral de los más débiles, ancianidades vividas en la marginación y el olvido. En tal panorama, la pobreza tiene mayoritariamente rostro de mujer.

Nuestro país está entre los ricos de una tierra, en la que casi la cuarta parte vive con menos de un dólar diario por persona y el 60% por debajo del umbral de la pobreza. Además, todo parece indicar que el

proceso apunta a un agravamiento progresivo de la situación: los ricos cada vez más ricos, los pobres, cada vez más en número y en pobreza. Si en 1963, el 20% de los habitantes más ricos poseían el 70% de las rentas, en 1996 eran ya dueños del 85%. En tal contexto, nuestro país, a pesar de la crisis, forma parte del grupo de cómplices del injusto reparto de los bienes, sin saber cómo salir de esa carrera o modificar su rumbo. Los objetivos del milenio, tendentes a aminorar la pobreza de modo considerable y saludados con cierta esperanza, se han quedado en una declaración de buenas intenciones con poca voluntad real de aplicación en la práctica. Ello los ha vuelto inviables o escasamente aplicables.

En una sociedad tocada por la discriminación y la injusticia, la comunidad cristiana vive con notable comodidad. Nuestras Iglesias están insertas en esa realidad, generalmente bien instaladas, con una buena proyección hacia los débiles de la sociedad, aunque no estén configuradas por las gentes empobrecidas, como lo recuerdan periódicamente personas, grupos e instituciones de Iglesia presentes en ámbitos de exclusión. No es que la Iglesia esté asentada en las capas más pudientes de la sociedad, no es la gente más rica la que acude a ella, pero sí está sociológicamente de la mitad para arriba. Materialmente no nos falta de nada.

La crisis actual no se explica únicamente a partir de factores económicos y financieros mal encauzados, sino que presenta una raíz ética seriamente dañada. Tal como indicaban los obispos de Bilbao en la Navidad de 2008, las manifestaciones y efectos de la crisis muestran “las graves carencias técnicas y morales del sistema sobre el que se construye nuestra economía y, por tanto, nuestro estilo de vida”. Añadían que, aunque las responsabilidades no pueden repartirse por igual, hay que reconocer que la mayoría de nuestra sociedad – y nosotros en ella – ha (hemos) pretendido vivir por encima de sus posibilidades, quedando así perjudicados valores tan evangélicos y básicos como la austeridad y la solidaridad.

Ello genera ciertamente escepticismo, desesperanza e impotencia, pero también supone un reto al compromiso tenaz y a la esperanza paciente. Hace unos meses, al conocer que los obispos vascos iban a abordar la crisis en su carta pastoral para la Cuaresma-Pascua de 2011, una persona con larga trayectoria de compromiso social afirmaba lo siguiente: “Me alegro en el alma de que se tiren a esa piscina, porque creo que es LA piscina y en ella, sin duda alguna, hay agua”. Era un modo de decir que deseaba una Iglesia cercana a las preocupaciones de la gente y decidida a presentar de modo actualizado la dimensión social inherente al Evangelio, tan presente en la tradición cristiana.

3. Pérdida de valor significativo y transformación del hecho religioso

La imagen del lugar de la capilla en un complejo hospitalario puede expresar de alguna forma la posición social de la Iglesia en la actualidad y el profundo cambio experimentado. La iniciativa de reunir a los enfermos en un centro surge en el ámbito cristiano. Se trataba de facilitar la participación de las personas enfermas en la eucaristía. Así lo revela la disposición de numerosos hospitales: la capilla está en el centro del complejo o en el punto convergente de varias alas del edificio. Pues bien, las reformas sucesivas en muchos hospitales han ido recortando o relegando el lugar de la capilla. En muchos casos no resulta accesible a primera vista, hay que preguntar por su ubicación. Es decir, uno no se la encuentra, sino que ha de buscarla. Por otra parte, hay lugares donde no se reserva un espacio para una capilla católica, sino que se ofrece un ámbito de oración y meditación ecuménico o interconfesional.

El ejemplo puede resultar elocuente para describir el cambio. La Iglesia ya no está en el centro del interés y de la vida social. Constituye una minoría que, sin embargo, tiene la vocación de ser significativa, sal y luz. La comunidad cristiana ha de buscar su lugar y ofrecer desde el un testimonio de vida según el Evangelio. Éste no garantiza el éxito numérico, sino que demanda la siembra paciente y confiada.

Hoy se asiste a un proceso de rápida transformación de lo religioso en general y de lo religioso católico en particular. Sus antecedentes vienen de atrás. Con el paso de los años vamos adquiriendo una perspectiva más clara del cambio. La foto tradicional ha sido mayoritariamente barrida. Los indicadores sociológicos tradicionales – participantes en la eucaristía dominical, vocaciones a la vida consagrada y al presbiterado, laicado asociado, relevo de agentes de pastoral, presencia de jóvenes, crecimiento de las pequeñas comunidades... – hablan claramente a la baja.

Mucha gente ha abandonado las prácticas religiosas del catolicismo, pero se sigue considerando creyente católica. Creen en Dios, de forma un tanto indefinida y su identidad cristiana apenas es perceptible. Junto a ello se percibe también un aumento de las personas que consideran la religión como factor importante en sus vidas. No pocas de ellas encuentran en la religión fortaleza y consuelo. Ello parece demandar de la Iglesia más espiritualidad, una vivencia más comunitaria y una institucionalización más ágil

y flexible. Junto al riesgo de una demanda de religiosidad a la carta, aparece también la llamada a una renovación de la institución eclesial.

Lo religioso se ha transformado y la comunidad cristiana no encuentra puntos de contacto o vías de evangelización en una situación completamente nueva y en buena parte inesperada: "Nunca hubiéramos pensado que íbamos a conocer una situación así". ¿No hay aquí una llamada a recuperar lo fundamental: más testimonio que doctrina, más cercanía a los pobres, más relación con Dios y su "programa"?

En este sentido, ha finalizado la época de cristiandad. La llamada "Iglesia de cristiandad" puede pervivir en algunos núcleos o sectores, pero sería un error postularla como objetivo pastoral. Más aún, su recuerdo o su imaginario consciente o inconsciente constituyen una dificultad añadida a la hora de abrir nuevos caminos e iniciativas de evangelización.

4. Aires dominantes de restauración

La Iglesia se encuentra en estado de misión. Es decir, se enfrenta al reto de dar a conocer a Jesús por primera vez, tras siglos de presencia indiscutida en la sociedad. El consenso existente a la hora de calificar el actual escenario como situación de misión, se desvanece a la hora de ver las iniciativas y decisiones que han de tomarse para abordarlo lúcidamente con perspectiva evangelizadora. En realidad están confrontados al menos dos modos de abordar la situación: el nostálgico o restaurador, que critica el pasado inmediato y ve en formas y fórmulas antiguas el remedio a la erosión provocada por la secularización, y el que propone la apertura a nuevas formas de apostolado.

El primero de los modos encuentra mayor respaldo en los responsables actuales de la Iglesia, hasta el punto de que muchos ven en él una traición al Vaticano II. En efecto, si éste abogó por una superación del clericalismo subrayando la prioridad de la comunidad cristiana en su conjunto, hoy no faltan datos que remiten a un nuevo clericalismo. Si el Concilio pretendió un mayor equilibrio eclesiológico entre la realidad local y universal de la Iglesia, con la consiguiente descentralización, hoy se asiste a un mayor centralismo. Si el Vaticano II buscó diálogo con el mundo, hoy se asiste a un extrañamiento o excesiva cautela ante el mundo en numerosos ámbitos.

¿Qué ha pasado? Dicho de forma simple: la mentalidad mayoritaria del Vaticano I, que pasó a ser minoritaria en el Vaticano II, ha subido enteros en las últimas décadas. Las dos corrientes que se encuentran en el Concilio sin llegar a una "conciliación", perviven y ha cambiado el equilibrio de las proposiciones. De ahí que determinadas prácticas actuales recuerden el clericalismo, el centralismo y el confesionalismo propios de épocas anteriores. Estas dos lecturas "mayores" del Vaticano II parecen librar una guerra sin cuartel. Es cierto que se vive otro clima social y cultural, para el que no sirven las recetas recientes. Pero no es menos cierto que con formas nuevas se puede estar colando algo viejo y caduco. En la era de la informática y de la información hay un déficit serio de comunicación en la comunidad cristiana.

Muchas personas tienen la impresión de que a la libertad se le han ido achicando los espacios en la Iglesia. En esta playa hay desproporción entre vigilantes y bañistas. No sólo la teología va viendo reducido su terreno de juego, sino que las experiencias pastorales innovadoras encuentran serias dificultades para abrirse paso, dado que no es posible retocar "lo que siempre se ha hecho". Oficialmente no faltan alusiones como "a vino nuevo, odres nuevos" o "no tengáis miedo", pero en el fondo laten excesivas cautelas y temores. Se olvida aquello de que "no cabe temor en el amor, antes bien el amor expulsa el temor" (1 Jn 4,18).

5. Sentido de autonomía y conciencia democrática

La llamada cultura occidental, marcada por el hecho cristiano, valora grandemente la autonomía del individuo. Es éste un elemento altamente positivo de nuestra cultura. La misma Iglesia, en el Concilio Vaticano I, subrayó esta autonomía de la persona hasta el punto de considerarla capaz de conocer por sí misma, "por la luz natural de la razón humana", al Dios verdadero. Pero al preocuparse tanto por tutelar a la persona, la Iglesia acabó apareciendo como enemiga de la autonomía y de la libertad de la persona.

La alta estima de la autonomía de la persona constituye un indudable valor de nuestra cultura y la Iglesia, formada por hijas e hijos de Dios llamados a crecer en la libertad, debe primeramente alegrarse de ello, por lo que supone de signo del Reino de Dios. Sin embargo, es cierto que, como todo valor, no se da en estado puro; tiene sus riesgos y sus exageraciones. No pocas veces se justifica en su nombre un individualismo insolidario y descomprometido, que en el ámbito religioso se traduce en lo que se llama "cristianismo a la carta".

Una consecuencia lógica de este subrayado de la autonomía de la persona viene dado por el pluralismo de formas de vida y de identidades creyentes. El rito o la doctrina común no juegan un papel englobante o conjuntivo tan primordial como en épocas anteriores. Hoy es mucho más fácil que cada uno se fabrique su propia Iglesia e incluso que se invente su propio Dios. Lo que se subraya es el valor de la experiencia personal, con lo que ello tiene también de posibilidades evangelizadoras.

El sentimiento de autonomía de la persona va directamente unido a la conciencia democrática: para asegurar la convivencia y construir una sociedad justa es preciso tomar en serio a cada persona y ver la manera de llegar a acuerdos: "Lo que afecta a todos ha de ser debatido y aprobado por todos".

6. Tensión entre universalidad y localidad

El mundo se ha quedado pequeño. Lo universal parece abarcable. Sin embargo, en muchos casos no es más que una ilusión. Aparece una sensibilidad por lo que sucede en las diversas partes del mundo, pero a la vez existen grandes lagunas o zonas olvidadas. Pero, claro, eso es también para quien quiere ver. En cualquier caso, hoy se tiene la impresión de vivir en el "mundo mundial" o en la aldea global, con pautas de pensamiento y de comportamiento mucho más similares que en épocas anteriores recientes.

Junto a esta conciencia creciente de universalidad, aparece también la afirmación cada vez más decidida de la propia identidad. Frente a una universalidad engañosa, están los diferentes: pobres, no europeos, mujeres, no creyentes y otros grupos excluidos de la modernidad. A excepción de los primeros, el resto de colectivos quieren ser diferentes y reconocidos como tales. Reivindican respeto a su diferencia a la hora de construir la aldea global.

Así resulta que en un mundo cada vez más consciente de la interdependencia entre sus partes y componentes, se tiene simultáneamente la impresión de contemplar una realidad muy fragmentada que no se sabe cómo recomponer. Somos cada vez más iguales y al mismo tiempo más defensores de la propia especificidad.

Una imagen como posible resumen

- *Tormenta en el mar de Galilea* (Rembrandt)

Rembrandt pinta esta obra en 1633. La diagonal trágica del cuadro viene a caer sobre el rostro de Cristo que parece ajeno a la tensión que viven sus discípulos. La ola invasora que zarandea la barca de los pescadores es violenta y rotunda. El cielo presenta un contraste muy buscado por los pintores barrocos: a la izquierda se asoma la luz potente que entra por las nubes abiertas, pero el lado derecho mantiene la negrura de la tormenta que ha convulsionado el agua del mar. La situación es delicada; la vela está rasgada, las jarcias empiezan a romperse y el timonel no puede orientar la barca frente al empellón de la ola que golpea por el costado. Es la representación de una lucha titánica entre la luz y las tinieblas, entre la esperada bonanza y la amenazante tormenta. La figura de Cristo está en la oblicua de la luz (el bien) Su voz, que increpará al viento, desactiva la amenaza sobre sus discípulos.

Se trata de una pintura que proclama el valor de la comunidad cristiana presidida por Cristo. Podría ponerse al cuadro este título: "No tengáis miedo". No se trata tanto de separar ahora luz y tinieblas, reflexión y acción, vida contemplativa y apostólica, sino de tomar el cuadro como marco global y contemplar la pluralidad de vocaciones: todos en la misma embarcación, empeñados en diversas tareas, que presentan diversas síntesis personales y comunitarias de seguir a Jesús en un mundo cambiante y complejo. ¿Remeros solitarios o tripulación solidaria? ¿En qué dirección? ¿Quién es el patrón?

La vida religiosa: profecía y esperanza

Otra imagen como punto de partida

La estructura del casco viejo de mi pueblo natal (Durango) puede evocar la función y la identidad primera de la vida consagrada. La ciudad medieval se extendía de norte a sur entre las iglesias de Santa María de Uríbarri (la ciudad nueva), contigua a una casa torre, y la de Santa Ana. Ambas están próximas al río que marca el perímetro oeste. Como en tantos otros pueblos, las calles que van de una a otra iglesia reciben el nombre de Barrenkale (la calle de abajo), Artekale (la calle de en medio) y Goienkale (la calle de arriba) y están atravesadas por la transversal, que marca el linde entre las dos parroquias.

La ampliación del casco se da hacia el este y se abre una nueva calle, que recibe precisamente el nombre de Kalebarria (calle nueva). La siguiente es, curiosamente, Komentukalea (la calle de los conventos). Es decir, en ese tiempo, las comunidades de vida consagrada se situaron en la frontera, con la mirada puesta por una parte en la vida del pueblo y, por otra, en lo que podía venir. Ahí se situaron las agustinas y las clarisas, que, junto al testimonio de la vida contemplativa, han prestado un servicio en el ámbito educativo. Más recientemente, en la prolongación de esta calle se situaron las carmelitas descalzas y las siervas de Jesús. En el arranque de la calle están los jesuitas.

Hoy se mantiene la configuración, pero todos han venido a menos o se han reconfigurado. En un par de años han desaparecido las agustinas y las carmelitas. Algo antes se habían ido las salesas, con lo que en la actualidad quedan las clarisas como única referencia de la vida contemplativa. La labor educativa prosigue a través de una cooperativa de enseñanza con un ideario en el que se recoge la identidad cristiana. Los jesuitas, por su parte, además de la labor educativa, acogen a personas inmigrantes en su comunidad.

¿Dónde se sitúa, por tanto, la vida consagrada? En la periferia y, además, en disposición permanente de renovación. La imagen evoca el apunte de la Carta a los Hebreos: "También Jesús padeció fuera de la ciudad; salgamos, pues, a su encuentro fuera del campamento y carguemos también nosotros con su oprobio". La Iglesia, en general, está llamada hoy y siempre a descubrir su saber estar evangélicamente en la sociedad. Es tiempo de profundizar en el Evangelio, de revitalizar la mística (Rahner), en un tiempo en el que la ola no es favorable. Ahí se sitúa la aportación decisiva de la vida consagrada. Ahí cabe hablar de profecía y de esperanza. En palabras de Metz, la vida consagrada no es cuestión de mayor perfección, sino de servicio a una mayor perfección de la Iglesia entera. Es decir, es principio dinámico de renovación eclesial. En este sentido, está llamada a cumplir el inestimable servicio de "terapia del Espíritu" o de "memoria peligrosa", que a veces resulta necesariamente incómodo.

(Me permito hacer una referencia en este punto a la situación y a las expectativas que actualmente se observan en el País Vasco en referencia a la desaparición de ETA, con lo que ello significa para la convivencia. Más allá de la "mecánica" de la paz (necesaria para salir del drama actual), la tarea de la Iglesia está en acompañar a las víctimas y curar sus heridas, sabiendo que hay muchos y diversos "pacientes", necesitados cada uno de un tratamiento específico. También aquí se espera que las comunidades de vida consagrada puedan estar donde más duele, lo cual lleva en más de una ocasión a asumir el dolor de la crítica y de la incompreensión).

Recepción más profunda del Vaticano II

El marco para la vida consagrada y para la comunidad cristiana en general, que quiera resultar hoy evangélicamente significativa, pasa por recuperar el Vaticano II, acontecimiento profético indiscutible, no sólo por quien lo convocó (Juan XXIII), sino por su desarrollo y alcance. Hace unos meses me contaron una anécdota de un pueblo de la ribera de Navarra, en el que, en tiempos del Concilio, entre las intenciones del final del rezo del Rosario se formulaba la siguiente: "Por los padres del Concilio, para que ganen". Hoy vemos que no lo tenían ni lo tienen fácil, y que, por tanto, es preciso recuperar la intención citada.

Para ello es necesario descubrir las pretensiones básicas del Concilio y su fundamento último. La recepción de la eclesiología conciliar ha subrayado con razón que la Iglesia es primeramente pueblo de Dios. Repetidas veces se ha subrayado que en la *Lumen gentium*, el capítulo acerca del pueblo de Dios precede al referido a la constitución jerárquica de la Iglesia. Es verdad y constituye un indudable acierto. Pero con ello no se llega al fondo de las intenciones del Vaticano II, ya que el del pueblo de Dios es aún el segundo capítulo de la Constitución. A él le precede un primero acerca del misterio de la Iglesia, entroncado en el de la Trinidad. El planteamiento no es casual. En síntesis, este primer capítulo viene a decir lo siguiente: la comunión eclesial resulta en la medida en que cada creyente y todos como comunidad viven a partir de la vida trinitaria, de la comunión con Dios. La renovación espiritual y la experiencia de eclesialidad, es decir, la conversión personal y comunitaria, están en la base de toda reforma estructural y comportamiento eclesial.

Con ello no se está invalidando la eclesiología del pueblo de Dios como eje de la recepción del Vaticano II, sino iluminándola desde la perspectiva de la comunión con la Trinidad, entre los fieles y sus pastores y entre las Iglesias. Si se habla del pueblo de Dios, es preciso otorgar a los dos términos del concepto el mismo peso que les quiso dar el concilio, colocando a Dios como fundamento de la experiencia de pueblo de hermanos.

La lectura más profunda del Vaticano II es ciertamente tarea de toda la Iglesia, pero afecta de modo particular a la vida consagrada. En definitiva, se trata de la comunión con Dios, es decir, de proclamar la

vocación de la Iglesia como sacramento, es decir, “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). En esta línea, es preciso saludar con alegría el hecho de que, en las actuales circunstancias, cada vez sea más frecuente ver proyectos compartidos por diversas congregaciones religiosas, tanto en el servicio de la espiritualidad, de la educación, de la marginación o de la acogida.

Sentido de participación y comunión eclesial

La comunión con Dios subrayada en el apartado anterior es la fuente de la comunión en la comunidad, en la Iglesia y entre las Iglesias. En este sentido, la vida consagrada es la que más ha mantenido en la Iglesia el espíritu de participación, el talante democrático y participativo. Ha pasado, ciertamente, por diversos estadios, pero se ha mantenido claramente por encima de la media general. En los tiempos de eclesiologías de corte piramidal, las congregaciones han desarrollado procesos democráticos y participativos.

El Vaticano II, en una especie de anotación al margen, propuso algo central para la comprensión de la Iglesia y para el fortalecimiento de su vida y de su misión. Afirmó que la comunión no es un sentimiento impreciso, sino una realidad orgánica que exige una forma jurídica y está animada por el amor. No es más que la aplicación de la preocupación tradicional católica por la visibilidad y la regulación. Es bueno sentirse en comunión, pero la eclesiología de comunión no puede entenderse aparte o a espaldas de la del pueblo de Dios.

La comunión eclesial está al servicio de la misión y viceversa: la misión de la Iglesia, como se ha mencionado arriba en palabras del Vaticano II está al servicio de la comunión con Dios y la comunión del género humano. Así, la posibilidad de una Iglesia más participativa resulta decisiva para la evangelización en la cultura actual, que tanto valora la pluralidad y la democracia. Dicho de otro modo: una cultura democrática y participativa en la Iglesia no es sola ni principalmente una opción, sino un presupuesto para una evangelización que quiera resultar creíble y convincente en la actualidad.

Por otra parte, la vida consagrada, expresión de la vitalidad del Espíritu en la Iglesia, está también para ayudar al conjunto de la comunidad cristiana a discernir los signos de los tiempos, a alentar e impulsar la vida presente en las comunidades y, en esa misma medida, en promover la participación de todos en la misión evangelizadora. En una Iglesia que en la actualidad ha de revivir su vocación misionera original, la vida consagrada está llamada a situarse en ámbitos claramente misioneros y quizá, por decirlo de alguna manera, menos pastorales, más de salida que de espera. En este sentido, la presencia en la educación y el diálogo con la cultura actual, la salud y la vida amenazada, la marginación o el acompañamiento a quien está en búsqueda de sentido para su vida, son ya ámbitos preferentes de presencia.

Testimonio de sobriedad y solidaridad

El seguimiento de Jesús provoca necesariamente crisis. No se es creyente de una vez para siempre, sino que la existencia cristiana es dinámica, provocada por la llamada de Jesús y la búsqueda de respuesta. Desde esta perspectiva cabe afirmar que la Iglesia está permanentemente en crisis y, por ello, es experta en crisis. Ocurre, sin embargo, a menudo que la primera reacción, la más instintiva, viene marcada por el miedo, que intenta luchar a ciegas, buscando una presunta y generalmente efímera estabilidad.

Este permanente discernimiento hace que la vida consagrada sea también experta en crisis, entendida ésta como ocasión de búsqueda de formas actualizadas de testimonio evangélico. De ahí que pueda enseñar a la comunidad cristiana a vivir el tiempo actual como tiempo de gracia, aportando la medicina preventiva frente a la acomodación fácil. Es el aspecto más positivo de toda crisis (económica, moral o religiosa), que puede transformar comportamientos, volviéndolos más conformes a la dignidad humana.

En este sentido, la vivencia de los votos aparece como oportunidad “sacramental”, es decir, como expresión e impulso de valores alternativos a los que parecen hegemónicos en amplios sectores de esta sociedad. Los votos remiten justamente a la trascendencia, al descentramiento, evocan la condescendencia de Dios y provocan la confianza en él. Así, el voto de pobreza se convierte en protesta contra la dictadura consumista y el afán de poseer, en contextos en los que parece que lo único que se puede ofrecer a las futuras generaciones es un hábito de consumo. Constituye una llamada a posicionarse junto a quienes no viven la pobreza como virtud, sino como situación vital normal a la que son condenados.

El voto de castidad apunta también en la línea de los desfavorecidos y maltratados por el amor. Se trata, en definitiva, de invertir corazón en hogares desestructurados, en soledades no queridas (de personas

ancianas, pero también jóvenes), en aislamientos más o menos impuestos, sin olvidar a aquellos que, aun habiendo rehecho su amor tras un primer fracaso, ven que la propia Iglesia tiende a recortar sus derechos. Si la vida de pareja muestra más (no solamente) que “mas vale pájaro en mano”, quien opta por el voto de castidad alienta la esperanza de que más valen “ciento volando”, que están apelando a la solidaridad y al vuelo compartido.

Por su parte, el voto de obediencia recuerda la actitud de Jesús hasta la muerte de cruz. Se trata de un desprendimiento de la última palabra sobre uno mismo, confiándosela a Dios y compartiéndola con quienes no tienen ni voz ni voto en este mundo. La solidaridad con las personas crucificadas es el termómetro y la protesta contra señores y señoríos que hacen peligrar la supervivencia de muchas gentes y les condenan a muerte.

Al abrigo de la obediencia al Espíritu se afirma que a la vida consagrada le corresponde la disponibilidad a desaparecer. Es cierto que el nacimiento de una orden no se da necesariamente para siempre. Pero esta formulación de corte negativo (*ars moriendi*) encierra, sin embargo, algo bien positivo: la audacia de la renovación (*ars vivendi*) y del cambio de estilo, atendiendo a *lo que el Espíritu dice a las Iglesias* (Ap 2-3). De este modo, el arte de morir se transforma en principio dinamizador del arte de vivir sobria y solidariamente, evangélicamente, muriendo a formas caducas, para engendrar lo nuevo.

Universalidad y localidad

La vida consagrada se inserta en la Iglesia local, pero el principio carismático no se identifica con el territorial-local, sino que lo trasciende. En este sentido, recuerda que para el cristiano “toda tierra extranjera es patria y toda patria, tierra de paso”, como dice la Carta a Diogneto, un texto apologético del siglo II. Hace presente de un modo más patente el sentido escatológico de la Iglesia y de todo cristiano. De aquí se deducen algunas consecuencias prácticas para el momento eclesial actual.

La primera es que la vida consagrada está en condiciones de poner a las Iglesias del norte en contacto con las del sur, recordando que el principio que hermana no es el estatus social, sino la fe y el seguimiento de Jesús. En este sentido, produce alegría el hecho de ver a tantos miembros de la vida consagrada entre los pioneros de la atención a las gentes emigradas del sur. Ellas y ellos dan testimonio de que la atención socio-caritativa, decisiva sobre todo al comienzo, se deriva de la igualdad que ha de regir en la comunidad cristiana y, por extensión, en la comunidad humana. Ellas y ellos nos recuerdan que quienes comparten la Palabra y el Pan eucarístico, están llamados a compartir los bienes y viceversa: que la atención socio-caritativa es una dimensión de la atención pastoral global a hermanas y hermanos con los que nos une la misma fe.

La segunda es que la vida consagrada ha de cuidar su propia identidad y autonomía en el seno de la Iglesia local. Dicho de otro modo: no puede dejar de participar en los planes diocesanos, en su gestación y puesta en práctica, pero no puede dejarse fagocitar o monopolizar por ellos. La razón estriba en que las comunidades de vida consagrada sirven ciertamente a la vida diocesana, pero en nombre de un carisma determinado que sobrepasa los límites diocesanos. La exención propia de épocas anteriores trataba justamente de liberar el espíritu carismático, sin que fuera retenido en un lugar. La fórmula activó en muchos casos la independencia práctica y así generó malestar hasta quedar obsoleta. Pero el giro eclesiológico propiciado por el Vaticano II no debería significar la integración completa en un lugar, a no ser que sea de modo claramente provisional.

La tercera es que la vida consagrada, tal como se ha recogido más arriba, está más bien al servicio de las necesidades de la misión, más que de la atención pastoral, por distinguir de alguna manera los dos grandes capítulos de la acción evangelizadora. Ello cobra gran relevancia en una situación como la actual, en la que cada vez menos podrá pensarse en estructuras eclesiales (la parroquia como prototipo) que cubran todo el territorio. Frente a ello se irán echando en falta nuevas formas de vida comunitaria, de diverso nivel e intensidad, que, tratando de responder a los signos de los tiempos, busquen anticipar el futuro prometido por Dios y recordar así la dimensión escatológica de la vida cristiana y eclesial.

Una escena evangélica interpelante

- *La vocación de Mateo* (Caravaggio)

Esta obra está realizada muy posiblemente en los años a caballo entre el s. XVI y s. XVII. Hay un anacronismo buscado: el contraste entre los trajes de las personas sentadas a la mesa (moda romana de ese momento) y los trajes antiguos de Jesús y Pedro (vestiduras togadas, para expresar autoridad). La vestimenta contemporánea de los personajes simboliza la actualidad del acontecimiento. Es como si se

dirigiera a los hombres del momento. No es propiamente un relato, sino una interpretación: "Te narro esto, para que seas consciente de que la vocación cristiana es una llamada de Cristo en la Iglesia (representada por S. Pedro)". La autoridad de los dos está marcada por los brazos y manos que apuntan en dirección de Mateo. Este se extraña, se señala con la mano, como diciendo: "¿Me estáis llamando a mí, a un recaudador?"

Jesús y Pedro aparecen juntos: la autoridad se manifiesta en sus dos manos, que apuntan al discípulo. No hay vocación cristiana sin Iglesia. El autor pintó el cuadro en principio sin Pedro. Pero tratándose del tiempo de la Reforma y Contrarreforma en el que la cuestión a debatir era la mediación eclesial, incluyó la figura de Pedro que ciertamente imita a Jesús pero también le oculta en buena parte. Se evoca de este modo la realidad sacramental de la Iglesia que "vela y revela".

Caravaggio vive en tiempos convulsos en la sociedad y en la Iglesia: nuevos descubrimientos, globalización, cambio profundo de mentalidad... En tal contexto de crisis cultural y de nacimiento de un mundo nuevo, las vías del Espíritu fueron por lugares tan insólitos como los Carmelos de Ávila y Duruelo o la cueva de Manresa, inspirados por principios tan básicos como "sólo Dios basta" o "la mayor gloria de Dios".

El cuadro es una representación teatral de un proceso interior: la llamada, la vocación, se produce por Cristo y por la Iglesia. Ese gesto imperativo remite al brazo de Dios Padre en la Capilla Sixtina, que indudablemente el autor conocía: es el mandato del Creador al ser humano creado (para una misión). Es una llamada a una persona concreta. No son llamados todos los de la mesa. La potencia de la elección empuja la mesa y las monedas, relegándolas a un nivel secundario.

La escena invita hoy a renovar la vocación en una Iglesia que, ayer como hoy, descubre y recubre a Jesús. Mateo va a seguir con Pedro a Jesús. Mateo, en medio de su realidad cotidiana, mal visto por los judíos fieles, se ve sorprendido por Jesús, que le llama y va a acometer una nueva etapa en su vida, acogiendo un reto inédito. Puede ser la imagen de la vida consagrada y, en último término, de toda persona que sigue a Jesús y experimenta su amor primero. En definitiva, lo que está en juego, no sólo para la vida consagrada, sino para la Iglesia en general y en todas sus concreciones, es el seguimiento de Jesús y de su proclamación del Reino con palabras y gestos, como punto de partida y clave para una vida cristianamente entendida e inteligible. Porque precisamente el seguimiento es la única salida a toda crisis, como lo atestiguan sobradamente tanto el Nuevo Testamento como la historia de la Iglesia.

Eskerrik asko.